

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 8 DE JULIO DE 1923

NÚM. 20.104

IMPRESIONES DE UN LECTOR Escolios a la novela de Araquistain, «El archipiélago maravilloso»



UIS Araquistain ha continuado la ruta imaginaria de Gulliver. Pero ha guiado su nave por nuevos derroteros, doblando el promontorio misterioso de la muerte. La primera isla que su buque aborda es la de los Inmortales. Es una isla oceánica, cuyos habitantes, después de atravesar las fases de nuestra civilización, llegaron a vencer definitivamente a la Naturaleza, descubriendo el secreto de la vida terrenal eterna. Dos compañeros de Magallanes en su ruta de circunnavegación sobreviven en ese Olimpo humano, partícipes en la inmortalidad. Ellos son los Virgilio que guían a los visitantes mortales en los círculos dantescos de ese Infierno. ¿Infierno he dicho? ¿Cómo puede ser un infierno el mundo que ha resuelto el problema de la vida, derribando el fantasma obsesionante de la Muerte? Esta paradoja — ¿paradoja? — es el tema de la novela. Novela de hipótesis, reducción de un supuesto filosófico a narración humana. Todos los valores se inducen, naturalmente, de la proposición, brotando del contraste sobrenatural entre la naturaleza perecedera de los visitantes y la perennidad implacable de los indígenas. Araquistain prueba en ese libro, una vez más, la filiación británica de su talento. Las aventuras del mortal entre inmortales me recordaron aquellas otras aventuras del vidente en el país de los ciegos, que nos describe Wells en uno de sus mejores cuentos. El vidente, entre los ciegos, no es el rey, sino el inferior, el defectuoso. En cambio el mortal, entre los inmortales, es el feliz, el privilegiado, porque la limitación de su vida realza sus valores emocionales, exalta las potencias de su vibración espiritual. Lo que pierde en extensión su vida lo gana en intensidad. Además, como no ha sometido la Naturaleza a su arbitrio, su actividad no ha sido sustituida por las fuerzas naturales, y no se ha embotado su capacidad de luchador, que es el manantial de su poder trágico, y por tanto de su verdadera divinidad humana; porque en él radica su posibilidad de creador, y hasta su inmortalidad, en el sentido de hacer eterna la huella de su obra.

El abolengo británico de esa clase de inspiraciones es patente. He citado a Swift y a Wells. Acaso con más propiedad originaria deberíamos citar la *Utopía* de Tomás Moro, resurrección de Platón entre los humanistas ingleses.

Sería interesante escribir una Historia de Utopía, que sería la verdadera historia espiritual de la humanidad; la del anhelo viviente y perdurable, sobre la aparente y efímera realidad. Lo que el hombre quiere ser, por encima de lo que es. El espíritu deja un rastro de luz, mientras la vida material queda en sombras; y la historia de aquella idealidad es más intensa y ejemplar que la historia de la realidad caduca. El gran valor práctico — precisamente práctico — de la utopía consiste en que es irrealizable, y por lo tanto inextinguible como luz, como faro.

Considerada en su aspecto de tema literario, la Utopía es la décima musa, porque es una fuente inagotable de inspiración.

La fantasía de cada autor crea su ciudad, la ciudad en que se avecina como refugio contra la patria material. La construye al modo de Anfión, al son de su lira. Discute en sus asambleas imaginarias. Suscita legiones de enemigos para darse el placer de destruirlas. Pone cátedra en su foro y juguetea con los sofismas, como un encantador con sus víboras. Deduce consecuencias insospechadas y hábiles de la hipótesis que sentó, sobre el capricho febril de su fantasía. — Pero tras él se agrupa la multitud palpitante y ansiosa, sedienta de engaño consolador: la multitud de que él mismo forma parte. Y esas juglarías son el secreto refugio contra la muerte; par-

ticipaciones miserables de más allá, de infinitud, de eterno.



El libro de Araquistain, fiel a su familia literaria, es pesimista, en cuanto a la intención exterior, porque quiere demostrar que la inmortalidad no daría la felicidad al hombre, sino el tedio y la desesperación infernal. Pero, por contraste, esa novela es una paradójica apelación optimista, porque intenta consolarnos de nuestra mortalidad, haciéndonos su apología. Gulliver, en el país de los caballos, recibió la lección moral de la inferioridad humana, como el vidente de Wells entre los ciegos comprendía que la verdadera superioridad era una relación de espíritus, y no una proporción cuantitativa y material. Pero los dos marineros de Araquistain, en el país de los inmortales, descubren el consuelo doloroso de su propia condición mortal... El placer de vivir no será para ellos eterno, pero en cambio será temporal el dolor de la vida; y la vida tendrá sabor porque estará sometida al tiempo y pasará como un abrir y cerrar de párpados, entre dos noches eternas.



Los dos marineros de Araquistain, como Gulliver, continúan su ruta errante de náufragos. La novela está construida como una objetividad que desfila ante dos espectadores. Más que protagonistas, los dos marineros son formas diversas de la espiritualidad humana que juzgan las hipotéticas realidades de un sueño vivido.

Así, después de la isla de los Inmortales, abordan a la de los Zahoríes. Aquí nos acercamos todavía más a la tesis de Wells: el vidente entre ciegos. En esa isla misteriosa hay un yacimiento de cristal que comunica al ojo la potencia de descubrir los ocultos móviles del espíritu ajeno. Mirando las pupilas de una persona, se puede ver la escena cuyas intenciones germinan en su voluntad. Desaparecieron, pues, las conveniencias sociales, las hipocresías de la urbanidad, los disimulos inexcusables de la convivencia. Ya no hay «mentiras convencionales». Una ruda y cruel franqueza rige las relaciones humanas. Pero así, naturalmente, la vida es imposible, y se hace indispensable una ley prohibiendo, bajo pena de muerte, el uso de los cristales reveladores. Uno de los marine-



PINTORES ESPAÑOLES.—UN ALTO EN SIERRA MORENA, CUADRO DE GUSTAVO DE MAEZTU

ros españoles logra usar, subrepticamente, unos anteojos contruñidos con el cristal prodigioso. Y de ahí deriva la acción del relato, que termina en un desenlace sangriento.

Otra vez, como vemos, el tema radica en la inferioridad real de las supuestas superioridades. El hombre es lobo para el hombre, como en Plauto y en Hobbes. Y necesita cubrirse con la piel de oveja, aunque todos veamos asomar tras ella las orejas de lobo. Andamos por las calles de la ciudad como en los senderos primitivos de la selva, acariciando el alma homicida, aguzada como un cuchillo de sílex, tras la sonrisa engañadora...

Los Zahoríes habían encontrado en su isla un sentido nuevo. Pero esa superioridad medial se convirtió en un nuevo instrumento de guerra entre los hombres. Así las victorias de los inventores y descubridores, obtenidas sobre la Naturaleza, se vuelven armas de hostilidad para el eterno Caín... Y el hombre considera perfectos sus pobres sentidos, como medios de conocer, al modo de los homúnculos de *Micrómegas* ante los hombres de Sirio y de Saturno, que poseían un número de sentidos mucho mayor...

Cuenta Petronio, en el *Satyricon*, que cierto emperador recibió la visita de un desconocido que había descubierto el medio de convertir el cristal en cuerpo tan inquebrantable como el bronce o el hierro. El emperador pensó en la depreciación que sufrirían entonces todos sus tesoros, ya que no podrían compararse con ese cristal verdaderamente diamantino. Y cerciorándose de que nadie más que el inventor poseía el secreto de su industria, mandó cortar la cabeza.

¿Qué puede hacer el individuo para que su superioridad no sea tenida por una plaga social, por una amenaza? ¿Cómo podrá excusar que su cabeza descuelgue sobre las turbas, excitando el filo del hacha igualitaria? ¿Cómo podrá obtener el perdón de su genio, de su genio provocador, que es un insulto para los viles?

El barquichuelo de los naufragos sigue su ruta. Y llega, por fin, a la Nueva América. ¿Qué país será éste? Es el imperio de las mujeres, isla de vampiras, antro de Circe, criadero de sirenas, ante el cual hay que taparse los oídos y atarse al mástil, como los compañeros de Ulises.—Otra lección de con-

traste, página de verdadero ejemplario moral: el goce de la materia envuelve el agotamiento progresivo de la vida. Como en Schopenhauer, la inmortalidad de la especie se vale del engaño del placer para que la vida colectiva se nutra en la mortalidad individual. Ese reino de las hembras ha instaurado entre humanos la crueldad prolífica de los enjambres; y los varones mueren víctimas de su propia función amorosa, como los zánganos o las arañas machos. La reina de la Nueva Armórica tiene algo de Amazona fatal; recuerda a Tomyris, la que decapitó a Ciro; es una émula de las reinas legendarias que tuvieron su Torre de Nestle, y cuyo último gran ejemplar es la de la Atlántida de Bengit. Su isla, para las naves errantes en el Pacífico, debería ser aquella misma isla de Citeres que cantó Baudelaire, llena de esqueletos ahorcados, y cuerpos viriles que las aves de presa mutilaron, como buitres del Prometeo amoroso. El supremo deleite lleva en sí, como un castigo paradójico, la suprema castración.

El último cuento del volumen, que en realidad continúa el anterior, es otra hi-

pótesis anormal; es la sociedad poliándrica, engendrando una moral forzosa-mente nueva. El amor adquiere violentas adaptaciones, y acaso espiritualiza su intensidad a fuerza de extender su materialización. Algo, en ese pasaje, me recuerda la *Cosi-Sancta* de Voltaire: un pequeño mal para un gran bien... En el navío vagabundo, cuya tripulación integran los más diversos ejemplares humanos, la hembra única erige el poder de su unicidad, que es la verdadera excelencia. Y el primitivo matriarcado se restablece.

Cierro el libro. Mentalmente reconstruyo su impresión capital. Libro de consolación para la miseria humana. Libro de razón contra la utopía. Pero yo reacciono contra esa defensa de la mortalidad. El astro de la Utopía (o de Aipotú, como dice la polinésica inversión de Araquistain) estalló en el espacio; pero yo me vuelvo a él, porque ha renacido de sus asteroides dispersos... Continúo el monólogo eterno de Fausto, y quisiera asir por el ala fugitiva el momento que pasa; detener al viejo Cronos para decapitarle, como David a Goliat...

Gabriel ALOMAR

PATRAÑAS DEL TIEMPO VIEJO

El perro lúgubre del Monasterio

No siempre llueve a gusto de todos, dice un adagio castellano, y bien podría aplicarse su sentido figurado a la construcción del famoso e imponente Monasterio escurialense, en el que Felipe II dejó la más profunda huella de su paso por la monarquía de España.

Mientras unos pensaban que alzaba el más suntuoso monumento a la cristianidad, no faltaba quien tuviese el criterio de que, antes que el panteón de los reyes de España, labraba la fosa común de la hacienda pública.

Justo y triste es decir que a estos últimos no dejaba de asistirles más razón que a los otros, y cada malaventura que acaecía en la colosal obra, atribuíanla a enojo que experimentaba el Supremo Hacedor ante soberbia tan desmedida.

No siendo la Orden jerónima, que fué favorecida para habitar y regentar la nueva casa de Dios, las demás instituciones religiosas no se hartaban de recordar, aunque solapadamente, que Cristo vino al mundo en un establo y feneció en la humildad de un madero.

A castigo divino achacaron la huelga de los obreros, que fué ahogada con sangre y con el fuego que en la noche del 21 de julio de 1577 estuvo a punto de trocar en cenizas todo lo fabricado. Desde luego que la catástrofe vino del cielo entre los fragores de una horrible tormenta, que removió la Naturaleza y puso espanto en los corazones. De las nubes, como rayos disparados por una ira omnipotente, desprendiéronse varias exhalaciones, que cayeron de lleno en diversas partes del Monasterio en construcción.

En poco tiempo tomó el incendio terribles proporciones, cuyas consecuencias eran casi imposibles de atajar.

Avisado el rey, salió de su aposento, acompañado del anciano duque de Alba, el marqués de los Vélez y algunos otros caballeros de su séquito, y fuese a presenciar el siniestro al claustro llamado de la enfermería, que está en ángulo opuesto a la parte en que las llamas prometían no dejar cosa a vida.

El viejo caudillo de Flandes, acostum-

brado a los peligros de la guerra, no temió los del fuego, y aunque harto le molestaba el padecimiento de la gota, quiso acudir a la torre incendiada, que era la de la parte del Poniente. Organizó por manera tan diestra los trabajos de extinción, que presto se comenzó a notar su eficacia. Así y todo fué prolija y penosísima la jornada, aun cuando al cabo de siete horas quedó enteramente dominado el peligro, contra el que no hubo mortal con salud y bríos que no pusiese su esfuerzo.

Diz que aquella noche, como en otra no muy lejana a cuyo amanecer se amotinaron los operarios, también habíase oído el lúgubre aullar de un perro...

Esto traía de mala guisa a todos los moradores del naciente Monasterio... Cuando el silencio era más completo en todo el recinto, percibíase el prolongado y triste lamento del can; pero, por más que buscábasele por todas partes, sin perdonar rincón ni guardilla, no había forma de dar con él.

Los espíritus apocados y llenos de prejuicios llegaron a decir que era cosa sobrenatural, en la que, sin duda de ninguna suerte, tenía parte un ánima en pena. Otros, como ya se ha dicho, tenían por seguro que era amenaza divina por la fanática soberbia del monarca.

Decían que, a veces, dejábase ver el misterioso e impalpable animal, saltando por andamios y castilletes, y que sus ojos despedían resplandores de ascuas, y de su boca, caída y babeante como si estuviese tocado del terrible mal de la rabia, salían llamas de color de azufre y oíase un espantoso arrastrar de cadenas.

La especie saltó de los límites de la vi-

lla escurialense, llegó a la corte y, desde allí, como piedra arrojada en el agua, describió círculos por toda España. No había rincón, por apartado que fuese adonde no hubiera llegado la tétrica fábula del perro negro de El Escorial.

Los partidarios de la fundación, que eran todos los que vivían de ella (frailes, operarios y alarifes), daban por cosa cierta, como artículo de fe para salvarse, que el tal monstruo no era sino el mismísimo demonio, que venía a atormentar a los obreros para que no contribuyeran con su esfuerzo a la construcción de un templo en donde habría de hacerse encarnizada guerra.

«Hasta la política—dice el autor más autorizado de El Escorial—hacia al perro negro intérprete de sus ideas, diciendo que era un aviso por el recargo de la alcabala; que los aullidos significaban los gemidos de los pueblos y las cadenas de la opresión en que los ponían exorbitantes tributos...»

Mas presto la realidad vino a poner de manifiesto, y tan claro como la luz del sol en una siesta de agosto, lo que había de cierto en el caso.

Fué una noche poco distanciada de aquella en que tan grande peligro hubo de correr, a usanza de la época, la formidable fábrica que, como la catedral de Avila, más tiene de fortaleza que de templo.

A maitines asistían los monjes cuando comenzaron a oírse, más lastimeros y cercanos que nunca, los lamentos caninos. Cesaron en su devoción los benditos padres, mas que Dios se querella se de que le dejasen a El por las niñerías del mundo, y escucharon, poniendo

en el sentido del oído todas las tres potencias del alma...

Los terribles aullidos parecían venir de junto a las ventanas de la regia estancia, que estaba debajo del coro de la iglesia primitiva.

Por un buen espacio los reverendos ministros del Señor no se atrevieron a mover pie ni mano ni de sus bocas acertó a salir una sola palabra. Los de mayores arresos estaban tan cuitadicos y temblones, como niños de la Doctrina... Ponía más espanto lo avanzado de la hora y la soledad de la noche.

El P. Vilacastín, alma verdadera del Monasterio, como hombre culto y horror de prejuicios, fué el único que, pasados los primeros instantes de confusión, supo sobreponerse.

El y otro monje, que, sin duda, era de la prudentísima y sensata opinión de Santo Tomás, determináronse a salir del coro y dirigiéronse a la parte donde pensaban que habría de estar el can alborotador.

Presto advirtieron que el temeroso animal estaba refugiado en una de las bóvedas que caen debajo los jardines.

Penetraron denodadamente en el pañoso recinto, y cuando, sin duda, pensaban toparse de manos a boca con el mismísimo Cervero, halláronse con un manso sabueso, que, dócilmente, se dejó asir por el collar y aun parecía que daba gracias porque acudían a rescatarle.

Los aprehensores, a pesar de la docilidad que el animalito mostró, no quisieron dejar sin pena el susto que les había hecho pasar, y, sin más formación de causa, le ahorcaron de un antepecho del claustro principal, para que al día siguiente pudiera ver todo el mundo que se había acabado el coco...

Sólo el marqués de las Navas recibió pesadumbre de esta justicia, porque el inocente ahorcado resultó ser uno de los mejores perros de muestra de su magnífica jauría; pero la sentencia estuvo tan bien ejecutada, que no hubo lugar a la apelación...

Diego SAN JOSÉ

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

LÍRICOS MODERNOS ESPAÑOLES

La flauta de Falín

En la aldea asturiana
—olor de barbechera, perfumes de manzana—,
ninguna más famosa que la enclenque figura
de Falín, más famosa que el paraguas del cura;
mucho más que el alcalde y el maestro de escuela
y los cuentos de trágicos que nos cuenta la abuela.
Falín es un flautista que no entiende la pauta
musical; pero cuando toca el rapaz la flauta,
un tumulto de pájaros se posa en cada injerto
para escuchar su flauta, que es el alma del huerto.
Jilgueros y reitanes, mirlos y verderones,
escuchan en la flauta propias modulaciones,
y se quedan suspensos en el lírico encanto,
como si el huerto fuera una escuela de canto,
pues parece, al contacto de los dedos ligeros,
que está la flauta llena de mirlos prisioneros...
Falín hace su flauta nueva todos los años
con los tiernos retoños de los viejos castaños.
Como el mirlo del África o como las viajeras
golondrinas, su canto torna en las primaveras.
—¿Tú conoces a Wágner?—dijote un buen amigo,
un poquito pedante, que viajaba conmigo—.
¿Y a Liszt?

El buen rapaz se quedó meditando,
y contestó entre dientes:

—No, señor don Armando.

Mi amigo, entonces, le entregó unos papeles,
con la grave fanfarria de quien presta laureles.
Fuese Falín a casa con la flauta y el rollo
de papeles, haciendo del magín tal embrollo,
que, después de ocho días de estudiar y estudiar,
Falín vino a mi casa, como loco de atar,
y me dijo, mordiendo unos verdes endrinos:
—Oiga usted, don Alfonso, «Gualner» y «Lin», son chinos?
¡Mire usted que pasarse la vida esos pazguatos
llenando esos papeles de negros garabatos!...
Y agregó: —Esos sabihondos son unos embusteros,
que no saben siquiera que en los robles hay «ñeros»
de pinzón; que no saben ni lo que es un castaño,
que me da siete flautas, en Asturias, cada año.
Yo creo que no tienen los sentidos cabales.
¡Lástima que no vengan a tocar a Pinzales,
a ver si como yo saben tocar la flauta!...

Yo le di la razón. ¿Para qué quiere pauta
musical, si al contacto de sus dedos ligeros
canta su flauta, llena de mirlos prisioneros,
mientras que lo acompañan, con su dulce recato,
la brisa entre los árboles y el agua del regato?...
Cuando vi que partía Falín por los caminos
refunfuñando a solas, mordiendo los endrinos,
recordé que al moderlos ante mí tenía el ceño
de tal modo fruncido, que era un Wágner pequeño.

Hoy evoco de nuevo la canción cristalina
de Falín, con los ojos llenos de agua marina,
y pienso que no suena ningún «lied» wagneriano
como suena la flauta del rapaz asturiano...

Alfonso CAMIN

¿Por qué...?

¿Por qué a su alrededor hoy todo es bello:
la luz más clara, más ardiente el sol,
más puro el aire, más azul el cielo,
más dulce el ruiseñor?...

¿Por qué sólo bondades hoy descubre
en cualquier corazón su corazón,
y de la fe tras el cristal ve clara
la grandeza de Dios?...

¿Por qué enciende en sus ojos la alegría
llamaradas azules de ilusión,
y en ellos una lágrima evapora
el fuego del rubor?...

¿Por qué la niña, en éxtasis divino
—acaso viendo, lo que nunca vió—,
contempla dentro de ella un mundo, un cielo...
y en ese cielo, un dios?...

¿Porque ha abierto las puertas de su alma
al huésped del Amor!...

Lope HERNANDEZ

Motivos de la Muerte

Tierra húmeda

Ya está. ¡Con qué sencillez
vuelve la tierra a la tierra!...

Un hoyo abierto. Una pala.
Unos ganchos y unas cuerdas.

La bajan al hoyo... Luego,
caen los terrones en ella.

¡Ay, arcilla de la vida,
con qué poco te contentas!

¡Con una caja de roble
y unas paladas de arena!...

Ya está. ¡Con qué sencillez
vuelve la tierra a la tierra!...

Pero no llena el vacío
que nos deja.

El tiempo lo llenará:
¿el es quien todo lo llena!

Chaparrón de Primavera

Se alza viva tolvanera.
Llueve sobre la ciudad.

(Verlaine, no te imito; espera.)

¡Chaparrón de primavera!...
Huele el polvo de la acera
a humedad.

Las verdes acacias toman
un barnizado reflejo
y más vivamente aroman.
Cada charco es un espejo.

Cierne la luz el cendal
de la lluvia, fino y liso.

(El vulgo municipal
de Rubén, aviva el paso.)

Bajo el agua, solo y triste,
va un entierro.

(De tercera)

Flaco, el tiro se resiste
a trotar.

(Como quisiera
el cochero de faz roja,
porque ve que se le moja
la chistera.)

El cadáver no se entera
de este tira

y este afloja.

¡Chaparrón de primavera
que las calles desaloja!...

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Crepúsculo en Caracas

Por la falda del Avila se pierden
los azules, los verdes y los cadmios,
y esta montaña viste el horizonte
como un noble pendón tornasolado.

Sobre el cañamalar esmeraldino
levanta su abanico el chaguaramo,
estrella vegetal que el aire agita
con litúrgico soplo desmayado.

El bucare, florido, es un mancha
sangrienta entre las ceibas y los mangos;
se aprieta el herbazal; allá en la altura
tiene el zamuro vuelo de aeroplano...

Y es el valle una fiesta de colores
que da a la tarde incendios de retablo,
y de la tierra, perfumada, brota
la conmoción caliente del espasmo...

E. RAMIREZ ANGEL

La Isla de los Muertos

Sobre la plateada laguna de aguas quietas
se desliza la barca que conduce Caronte;
un bosque de cipreses, igual que llamas muertas,
cierra el negro horizonte.

Es la Isla de los Muertos; en sus marmóreos muros
como un manto de paz tejió la verde hiedra;
se ciernen sobre ella nubarrones oscuros
y jirones de niebla.

Es la Isla de los Muertos: la macabra mansión
de los que ya el eterno silencio descifraron,
de los que deshojaron la flor del corazón
y sus pétalos rojos a la muerte ofrendaron.

Es el rincón de paz que al final del camino
todos nos encontramos y a todos nos aguarda;
hacia ella nos conduce la mano del Destino
a través de la Vida, dolorosa y amarga.

Hacia ella van las horas de todos los horarios;
como un pozo sin fin, todo en ella se pierde...
Isla de los altivos cipreses funerarios,
por cuyos pétreos muros trepa la hiedra verda.

Morada melancólica de silencio y de olvido,
de ensueños y esperanzas único y triste fin;
templo de la verdad, mansión de lo que ha sido,
que pintó el visionario pincel de Böecklin.

Fernando IGLESIAS FIGUEROA

Luna de Portugal

Calles de la Lisboa musulmana,
de los barrios de Alfama y Mouraria...
Noche de luna... Guitarra lejana
sonando el Fado de la Colôvia...

Calles donde moraron y murieron
gloriosos veteranos de cien guerras,
y Alféreces-Mayores que ofrecieron
al Rey, en nuevos mares, nuevas tierras.

Calles que inspiran líricas saudades
de pretéritos días más severos,
de desembargadores y de frades,
de navegantes y de aventureros...

(En una de estas casas quizá un día
conspiró cierto hidalgo contra España,
y de este caserón salió a Oceanía
otro que ilustró el reino con su hazaña...)

Quizás en otro de estos caserones
—frente a la tapia oscura de un convento—
vivió uno de esos inclitos varones
que fueron gala del Renacimiento...

Bêzo das Cruzes: callejuela angosta
donde una lusitana Celestina
me dijo así: —Pois o senhor nao gosta
de vir commigo ver uma menina?...

Fué una noche de luna... Portuguesa
luna, más clara y suave que otra alguna...
¡Su luz de plata, que mi frente besa,
me encuentra desvariado y sin fortuna!...

Recuerdo aquella novia madrileña,
que no volveré a ver, emocionada
ante mi charla lírica y risueña...
(Cuando yo vuelva ya estará casada...)

Luna de Portugal, que eres más triste
que la luna de España, luna hermana
—pero hermana que nunca nos quisiste...—
¡Luna de la Península, que viste
los galeones y las carabelas
de las dos naciones gemelas
tomar rumbo hacia la Cólquida lejana,
y que ahora alumbras estas callejuelas
de la vieja Lisboa musulmana!...

Andrés GONZALEZ-BLANCO

LA FUENTE DE LA JUVENTUD

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

HABÍA en la China un matrimonio que era chino—cosa corriente allí—y que no tenía hijos.

Eran muy viejecitos; el marido se llamaba Granito de Arroz, y la mujer, Gotita de Saké.

(Me diréis que éstos no son nombres propios de viejos, sino de niños pequeños, y tendréis razón; pero habéis de saber que los nombres se los pusieron de recién nacidos, como es natural, y a pesar de que ellos crecían y envejecían, los nombres no cambiaban un ápice, como es natural también.)

Aunque eran bastante pobres, como se querían mucho y eran muy buenos, hubieran podido ser muy felices de no haber sido porque les atormentaba continuamente la idea de su edad.

—¡Ya no soy bonita!—decía Gotita de Saké con su voz temblona de vieja sin dientes.

—¡Ya no soy robusto!—decía Granito de Arroz, rascándose la calva con sus dedos nudosos.

Y venga suspirar y desesperarse.

Había dos personas, o, mejor dicho, dos seres sobrenaturales, a quienes estas continuas quejas y lamentaciones irritaban e impacientaban: uno era el gnomo del bosque donde Granito de Arroz, que era leñador, se pasaba los días cortando leña; el otro era una joven hada, o diablita, o lo que fuera, que vivía en un tiesto de crisantemos que adornaba la ventana del cuarto donde Gotita de Saké se pasaba los días zurciendo el kimono que su marido se ponía los domingos.

Un buen día la diablita del tiesto y el gnomo del bosque se encontraron y cambiaron impresiones.

—¡Cuánto siento—decía el gnomo—que mi poder no sea superior al del Tiempo! Porque entonces le devolvería al leñador la juventud por la que tanto suspira.

—Lo mismo digo—aprobó la diablita—. Me alegraría poder transformar a esa anciana en una moza de veinte años; así me dejarían en paz, por lo menos durante unos cuantos años, hasta que volviera a ser vieja.

Pero aquello era imposible; sin embargo, a la diablita, que era la más maliciosa de los dos—pues aun siendo hada no dejaba de ser mujer—, se le ocurrió un recurso para curar al viejo matrimonio de sus absurdas preocupaciones.

Se lo comunicó al gnomo.

—¡Admirable!—exclamó el otro, entusiasmado—. Sin embargo, no olvidemos que aun para eso es menester la autorización del Tiempo.

—Voy a pedírsela—declaró la diablita, que también era la más resuelta.

A los pocos días de esto, Granito de Arroz se hallaba cortando leña en el bosque y suspirando como siempre: «¡Ay! ¿Por qué no se me quitarán de encima estos treinta años que me sobran?» Cuando, de pronto, oyó una carcajada singular y vio a sus pies a un extraño personaje del tamaño de un alfiler de corbata, que llevaba un traje de raso rojo lleno de cascabeles.

—Conque te sobran treinta años, ¿eh?

—dijo nuestro gnomo, sin dejar de reír—. Pues bien; yo te los voy a quitar. Has de saber que al dar las doce el agua de la fuente de los Corales adquiere la virtud de rejuvenecer a cuantos la beben. No te digo más sino, que seas dis-

creto y no le cuentes a tu mujer nada de esto.

El hombre, loco de contento, echó a correr hacia la fuente mágica, mientras el enanillo se retorció de risa. Al llegar Granito a la fuente de los Corales daban las doce en todos los relojes de la China—en todos los que andaban bien, se entiende—, y el agua pura y cristalina adquirió súbitamente un tono verde tan bonito que parecía de esmeraldas líquidas.

El anciano bebió un trago; en el mismo momento notó que las fuerzas volvían a su cuerpo; los cabellos cubrieron su calva, sus arrugas desaparecieron y los dientes le crecieron de nuevo, y, en

trañarse, luego a preocuparse, luego a inquietarse seriamente. Y al atardecer, no pudiendo ya resistir su inquietud, se fué en busca de su mujer.

Recorrió el bosque en todos los sentidos. ¡Nada! Gotita de Saké no aparecía por ninguna parte.

—¡Dios mío!—murmuró el infeliz—. ¿Si será que mi viejecita se ha vuelto tan joven y tan bella que el hijo del rey, al ir de caza, se ha enamorado de ella y la ha raptado, llevándosela a su palacio?

De pronto oyó un débil llanto, y vio al pie de un árbol, en la hierba, una nena abandonada, de pocos meses de edad. El leñador, apiadado por el abandono de

está aquí Gotita de Saké! Pero para lo que me sirve, mejor cuenta me tendría que no estuviera.

Y, entretanto, la nena seguía llorando y mirándole con sus ojos tristes.

—¡He hecho un pan como unas hostias!—proseguía Granito de Arroz—. ¿Para eso me he convertido en un mozo robusto? ¿Para dedicarme a ama seca?

¡Qué solo se sentía sin su amada viejecita frente a aquella niña llorona!

Y lo peor no era eso, sino que ya nunca, nunca, volvería a vivir con Gotita de Saké, ni como un matrimonio joven, ni como un matrimonio viejo.

—Mientras yo sea un hombre joven y robusto—pensaba—ella será una niña, y el día que llegue ella a ser una mujer de nuevo, yo seré un anciano, más cerca de la tumba que de la vida.

Como veis, la situación no podía ser más lamentable. ¡Cuánto se arrepintió entonces nuestro chinito de haber deseado lo imposible, en lugar de someterse cuerda y a lo que debe ser!

A la noche, la nena, rendida de tanto llorar, se quedó dormidita, y «su marido» se durmió también, extenuado por las emociones y los disgustos de aquella jornada accidentada.

Y he aquí que, a la media noche, del tiesto de crisantemos de la ventana salió la diablita.

—Ha llegado el momento de mi intervención—murmuró—. Me parece que con este susto el castigo ha sido suficiente, tanto más cuanto que si la vieja sigue siendo niña de pecho no habrá quien riegue mi tiesto, y yo me quedaré sin vivienda.

Y se acercó a la cama, y sopló de cierta manera especial, y pronunció palabras misteriosas—que ni aun para quien supiese el chino habían de ser comprensibles—, y luego volvió a refugiarse en el tiesto de crisantemos.

Al despertarse Granito de Arroz y Gotita de Saké, ambos lanzaron un mismo grito: «¡Qué alegría!»

Y es que habían vuelto a ser: él, un viejecito de cabeza calva y manos nudosas; ella, una viejecita temblona y desdentada.

—He tenido una pesadilla horrible—dijo Gotita de Saké—. He soñado que me había transformado en una nena de pocos meses y no podía ni hablar para expresarme, y lloraba, y tú no me comprendías.

—Y yo—dijo Granito de Arroz—he soñado exactamente lo mismo: tú te habías vuelto una nena de pecho y yo me encontraba joven, pero solo en el mundo, sin tener a quien confiar mis penas y mis alegrías.

Y cayeron en brazos uno de otro.

Desde aquel día Granito de Arroz y Gotita de Saké se guardaron muy mucho de lamentarse por su edad, ni de desear absurdamente la juventud que se había marchado, como a todo el mundo le sucede; por el contrario, vivieron todo lo dichosos y tranquilos que les correspondía a dos viejecitos que son muy buenos y se quieren mucho.

Y la diablita del tiesto de crisantemos y el gnomo del bosque, encantados con el buen éxito de su ingeniosa estratagema, no volvieron a ser importunados por las quejas del leñador serrando árboles, o de la ancianita zurciendo el kimono de su marido.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



fin, que se transformó en un mozo de veinte años, fornido y hermoso.

Cuando volvió a su casa Granito de Arroz, los gritos de asombro y alegría que le acogieron por parte de su vieja esposa no son para descritos. Después de muchas exclamaciones, Gotita de Saké le preguntó, naturalmente, la causa de tan maravillosa aventura; y Granito de Arroz, que era indiscreto y charlatán, como lo son todos los hombres—ellos dicen que lo son las mujeres; pero ¡sí, sí!—, se olvidó del consejo del gnomo y se lo refirió todo, de pe a pa.

La viejecita casi brincaba de alegría. «¡Yo también quiero ser joven!»—decía—. Y al día siguiente, mientras el marido se quedaba en casa aguardándola a ella, se fué a la fuente de los Corales, adonde llegó con más de tres horas de anticipación.

La una, las dos, las tres, y Gotita de Saké no volvía; el marido empezó a ex-

la criatura, la recogió en sus brazos y... lanzó un grito terrible. ¡Aquellos ojos eran los de Gotita de Saké! Entonces lo comprendió todo. ¡La desdichada había querido rejuvenecerse tanto y había bebido el agua milagrosa en tal cantidad, que se había convertido en una niña de pecho!

En buen apuro se vió entonces Granito de Arroz. Se llevó a su casa a la nena, que seguía llorando, y no supo qué hacer con ella.

—¿Cómo me las arreglo yo ahora—pensaba aterrado— con esta criatura? Sin duda habrá que darle alimento, y fajarla, y acunarla, y cantarle cosas para que se duerma. Pero ¿qué sé yo de todo eso, pobre de mí?

Y murmuró instintivamente:

—¡Si al menos estuviera aquí mi mujer!

Pero se reprendió en seguida:

—¡Digo! ¿Seré tonto? ¡Pues claro que

UNA VISITA DE LA REINA MAB

NOVELA CORTA ORIGINAL DE LUIS ASTRANA MARÍN

UNA de esas veladas de primavera, allá a altas horas—en que germina con mayor actividad la Naturaleza y cuando en la conjunción de la luna vuelven su cara a Oriente las hojas del olivo—, vino a visitarme la Reina Mab.

Ya los dragones, de la noche, en su carrera fatigosa, disipaban el Triángulo boreal de la constelación del Cisne.

Y habiéndome quedado dormido (ocosa el alma de los sentidos exteriores) en aquel pasaje del libro inmortal donde habla Cervantes de los faranduleros de la carroza de la muerte, comencé a ase- diarme un tropel de visiones, como si aquellos titeres cobraran vida.

Mi memoria—centinela constante del cerebro—procuró recoger tan aéreas im- presiones. Y así sucedieron, con la in- consistencia de las cosas soñadas, ma- yormente cuando uno mismo es teatro y auditorio de sus fantasías.

Parecióme oír (en lugar de la ronca trompeta clásica, llamando a concurso) la alta y aguda voz del primer canto so- noro del gallo matutino.

La maga de las ilusiones comenzaba a tejer con su varita el ovillo de seda de nuestras inquietudes, en alas de los átomos.

Yo veía distintamente, en la enmara- ñada madeja del ensueño, tres lugares de acción con tres escenas; tres épocas con tres clases de gentes; una triple fan- tasmagoría en una sola realidad: la sala moderna, con sus luces y sus decoracio- nes; el clásico corral, con sus caballeros de capa y espada, y la carreta de la muerte, a cielo abierto, sin toldo ni zar- zo, con su Ángel y su Demonio, su Em- perador y su Cupido, su Reina y demás recitantes de la compañía de Angulo el malo. Y más allá del ensueño, en las úl- timas estribaciones de la ilusión, en la ilusión de la ilusión, el moharracho de los cascabeles, vestido de bojiganga, ca- balgando sobre el rucio de Sancho y le- vantando en el aire el palo con las tres vejigas de vaca hinchadas.

¡Extraño capricho de la Reina Mab!

Esfumada la carreta, quedó todo cir- cuido de una luz suave, a veces con re- fulgencias tétricas, según que provinie- sen de los focos eléctricos de la sala o de los grandes candilones del corral.

* Fueron entrando unas turbas abiga- rradas y expectantes, que se colocaron frente a la escena.

Eran sus caras otros tantos vestidos y disfraces, y en su silencio se advertía aquella emoción singular de los concu- rrentes a los circos.

Quién paseaba su vista sobre los ros- tros y los tocados de las bellas.

Quién hablaba de chismes y de mur- muraciones.

Cuáles asistían por comerciar. Cuáles comerciaban por asistir. Quiénes por una cosa y quiénes por otra, y todas ajenas a la representación.

Al fin, ¿qué otra cosa es el mundo, don- de media humanidad llora por los que ríen, y la otra se ríe de los que lloran? En las candilejas hizo la luz y ce- saron las murmuraciones de los maldi- cientes.

¿Qué hechizos ofrecería la comedia? ¿Y cómo sería drama?

¿Qué misterio prendería la noche en los ojos de Colombina? ¿Se habrían tro- cado los papeles, y Pierrot ya no sería Pierrot, ni Arlequín Arlequín?

La cortina de seda—manto de borrosos bordados antiguos—partióse en dos, des- corriéndose a ambos lados.

El histrión avanzaba vacilante, y con una reverente cortesía—como dejándose vencer para triunfar—, envuelto en su amplia capa negra, indicaba que él era el prólogo, suma de risas y de agudezas, compendio de burlas y de donaires.

Ya extendía, tenso, su brazo, como un profeta de la vieja Ley, y los pliegues del disfraz delineaban su arrogante figu- ra estatuaria.

reducidas a pavesas. Ha llegado la hora de que nos desengañemos de nuestros desengaños, engañándonos nuevamente. Cien lunas, en otros tantos giros repe- tidos, no harán resplandecer el rocío de nuestra noche, madre de la inquietud y del terror. ¡Qué perezosos pies! Y, no obstante, ¡qué a prisa caminamos y cuán- to ruido hacemos mientras vivimos! ¿Por qué apresurarnos para recitar nuestra propia comedia, o el auto de las cortes de la muerte, en el cercano pueblo, quan- do en cualquiera se puede morir? ¡Ya se

ras reseque nuestra sangre, y aniquilen el bronce, las piedras, los continentes y el mar sin límites, hasta que el Tiempo sea pasto del Tiempo. Vivamos en lo porvenir—y nada más vivo que la mor- talidad—anta los ojos de quienes tengan alma. Y contemos ya las arrugas de nuestras frentes. La vida pasa dando vueltas como las aspas de un molino, a merced de todos los vientos, o como las ruedas de este carro. El de nuestra exis- tencia, antes Titán, ha traspasado los fuegos del mediodía. Porque los tesoros del hálito de nuestro ardiente estío de- clinan al ocaso, tras la tarde, hacia el otoño de amarillentas hojas. No espere- mos lo que no hemos sabido esperar. Todo es un sueño, un soplo, la niebla de una esperanza, la chispa de un fu- gaz placer. ¡La imagen de una escena: nada!...

Alborotóse a esto la gente del carrico- che. El demonio que oficiaba de carrete- ro saltó del pescante, en persecución del moharracho de los cascabeles, aquel otro diablo, que daba con sus huesos en tie- rra, derribado por el rucio. Volaba por los aires la anatomía de Rocinante; ya- cía en el suelo Don Quijote; cayéronsele al Ángel sus pintadas alas; el Caballero armado de punta en blanco perdió su sombrero de plumas de colores; Cupido, su carcaj y saetas. Daba Sancho gran- des voces. Todo el escuadrón volante, con la carreta y un infernal estrépito, salió arrancado de la fantasía, como si lo arrebatara una nube de polvo.

*Dédyke mèn ha Selána
kal Pléiades, méssai dè
nyktes, parè d'erjet'óra.—
(La Luna se sumergió,
y las Pléyades, ya es media
noche, pasó la hora.)*

SAFO.



Cuando, de pronto, cúbrese de niebla el escenario, vuela aquella visión más allá de lo contingente y verisímil, y véo- me a mi buen Don Quijote y a Sancho, camino de Zaragoza, sobre la verde yer- ba de los campos, al lado de la carreta, de la cual descendía la misma Muerte, que traía en una mano la venda de Cu- pido y sobre su cabeza la corona, al pa- recer de oro, del Emperador.

—¿Qué son para el Tiempo—comenzó a decir—las altas pirámides en que pre- sente y pasado apenas marcan distin- ción? Sus anales ya no se nos presentan sino como relieves de una disipada fan- tasía. Sus obras, no bien alzadas, se ven

han doblado ante la escarcha los tiernos tallos del anís flexible! El mañana se su- cede sin medida, avanzando a menudos pasos, precipitándose sobre los cómpu- tos de la memoria. El ayer ha alumbrado a los soñadores el sendero hacia el reino del Orco, donde danzamos entre el coro de las Sombras. Pues caminamos a tientas y sin tino, dejemos el recuerdo de una débil luz, que viva perenne, a despecho de la muerte (que yo represen- to) y del odio, que todo consume; que re- sista a los embates del tiempo, a la furia de la guerra, y sea vaso de oro más rico que los llenos de esencias sáficas. Le- guemos la clara virtud, mientras las Ho-

Es el sueño heredero de los sobresal- tos del corazón, y más bien imagen de la vida que de la muerte, si acaso la muerte no es otra vida. Las visiones pa- sadas engendraron tal lucha en mi es- píritu (en esos instantes en que en me- dio de lo oscuro, con las pupilas total- mente abiertas, contemplamos esa lumi- nosidad tenebrosa que sólo aquilatan los ciegos), que ya confundía, no diré el sueño con la realidad, sino el sueño con el mismo ensueño. ¡Qué verdad que se ve con los ojos del alma!

Tal vez a aquella hora—sumergida la luna—paseaba la Reina Mab su carro- za de cáscara de avellana sobre las ro- dillas del cortesano, sobre los dedos del jurista, sobre los labios de la dama, sobre la nariz del palaciego o sobre el vientre de la doncella. Quizá en el mis- mo momento la hechicería celebraba su culto a las Nornas y daba preferencia a los números impares. O en el otro hé- misferio el fantasma del crimen entre- abría las tumbas de rugientes bocas.

Ello es que el sueño giraba vertigino- so, devanándose en los telares de la fan- tasía, impulsado por la lanzadera de la imaginación. Y semejante a los que pierden una joya en la noche o a los que pugnan por salir de una intrincada sel- va llena de laberintos, se debatía entre la angustia y la zozobra.

Rimaban con el sopor candente los sua- visimos sonos de flautas y de violines, aterciopelados por las armonías de las trompas y de los ternos oboes.

Veía ahora el antiguo corral, transparente como el vidrio, y que la cortina iba descubriendo las apariencias. Era un valle y al atardecer. ¿Campos de Toledo, campos de Segovia, campos de Avila? Cercanías de un pueblo importante, no se sabía cuál. Pero he aquí, de pronto, cruzar en mis oídos el chirrido que anunciaba el paso de la carroza de la muerte. Hallábamnos sin duda en tierras de Aragón, porque el padre Ebro torcía a la derecha en toscas pinceladas. Allí, al fondo, el sol doraba—celeste alquimia la de sus rayos—unos torreones derruidos. En segundo término sobresalía, desafiador, un soberbio puente. Yo temía en sueños que peligrase la cabeza de los histriones con tan complicada máquina. Después, un sendero y casas de labor. Y luego las lejanías de la urbe, que evocaba el pincel como un bajo relieve amarillento, cuyas puntas y muros divisábanse por encima del puente. Podría haber zarzales y encinas y juncias, y abejas que runruneasen alrededor de las rocas, o pinos que dejaran caer sus frutos cónicos. Mas solamente hacia la izquierda distinguíase una calzada, sobre cuya cunata debían de crecer los tamarices.

Todo esto reflejóse en la imaginación con la presteza de un relámpago. Oíase a la orilla del río, en medio de la paz estival de la tarde, una canción de pastores y pastoras, que aparecían con sus ganados. He aquí que ya no tocan la stringa a mediodía—pensaba yo—, porque los tiempos mataron la poesía bucólica. Con todo, aún eran confidentes de sus amores las aguas del Ebro. ¿Es posible que vagasen por sus contornos las sombras de Dafnis y de Amarilis?

Un mozo, no sé si Tirsis, solicitaba de una linda cabrera promesa de matrimonio. Otro, en cuyo semblante creía yo adivinar la cara del moharracho de los cascabeles, formando en círculo a los histrionas, les recitaba una extraña conseja de duendes, de trasgos y de aparecidos.

Acrecía la leyenda; las notas graves de los violines, apoyadas en las síncopas de las trompas, planían susurros milenarios. Las flautas gritaban en la noche. Oboes y cornos respondíanse mutuamente, como diálogo de grajos, en funebres graznidos.

Un tercer recitante cortó tan siniestra barandada de disonancias, diciendo que aquella noche estaban conjurados los mozos del pueblo para dar caza al aparecido. La cabrera se conmovió en su visible inquietud. Picábales a todos la aventura, y a mí del mismo modo, aun zampuzado en el sueño, que era ya patética pesadilla. Un pastor inquirió la hora de la cita. Oí que le avisaron para la media noche en punto. Cierta pusilánime demandaba prudencia, por ser mala consejera la noche oscura. El de los cascabeles—ya lo había yo identificado, porque debajo del disfraz notábase su vestido de bojiganga—, el de los cascabeles, digo, mostrábase escéptico, y preguntó si era verdad que había fantasma. Contestáronle que sí, y que corría dando alaridos, envuelto en fuego.

Pero a continuación roían las mozas en estrepitosos «ja, ja, ja», que a poco más me despertaban.

Allá lejos, un pastor de ovejas lanudas, que tal vez reposara en lecho de lentisco oloroso, o sobre pámpanos recién cortados, daba al aire una copla popular.

Reintegrábanse los pastores a sus ganados y sonaban unas dulces esquilas. La evocación era débil incluso en el sueño. Aquí debieran haber cantado las cigarras—nutridas de los relentes de la aurora—hasta rendirse, quemadas por el sol, pendientes de los ramajes floridos,

y haber croado en las lagunas las verdes ranas bajo los esposos matorrales espinosos. Mas ¿qué olor flotaba en la fantasía? ¿Qué olor de rico verano con tintes otoñales, cargado de ciruelas?

Otra vez las compuertas de los ojos, tan a menudo esclusas de las lágrimas, entornábanse al paso de la Reina Mab.

Ya daban principio los farsantes a su representación, cuando traté de inquirir el sitio en que me hallaba, porque en mi vida presumí que hubiera rostros semejantes, ni tal diversidad de gentes, ni tan extraña confusión de idiomas. Sujetando a la desbocada imaginación—que no es mejor el caballo porque tenga el freno de oro—, traté de indagar si nos encontráramos en París encima del Puente Nuevo, si era nuestra población Londres, junto al Bankside, o si nuestro rincón radicaba en Valladolid, y lleváramos en el carricoche de la muerte al propio «alto varón en la representación y el entendimiento». Pero en seguida se me hizo a la memoria que aquélla no era otra sino la compañía de Angulo el malo, y que, por consiguiente, el pueblo debía de ser aragonés.

A todo esto, la farsanta que oficiaba de Reina encaró con los espectadores, presentando al Ángel de pintadas alas, que dijo su relación y se introdujo en el carruaje. Adelantóse el Caballero armado de punta en blanco, tocado con su sombrero de plumas de colores, y recitó—en verso, por supuesto—un primoroso pasaje, que yo, embobado, no pude retener.

Parecióme oírle que regresaba de otros reinos tras larga ausencia, y vi que, al distinguir a la dama, le pidió noticias de una fuente que debía de encontrarse por aquellos contornos.

La Reina principió a contar su historia: sus amores con el caballero Orlando, que un día desapareció, quizás muerto ya; su matrimonio con el Emperador, a quien no ama sino con cariño de reconocimiento, por haberla redimido de su condición de princesa de un monarca destronado; el hastío de su vida, ya hacia el ocaso de su juventud...

Comenzaba a notarse revuelo en la carroza. El diálogo enfrecía. En los rostros de los histrionas se retrataba el presentimiento. Por fin la Reina clavó con ansiedad sus ojos en el Caballero de las plumas de colores, creyendo reconocer a su fiel y enamorado Orlando. Entonces el dios Cupido alzóse prestamente de la carroza, arrojó al suelo su venda, requirió carcaj y saetas, y doblando al punto su arco, disparó certeramente sendos dardos a ambos recitantes. Reina y Caballero cayeron uno en brazos del otro, en arranque pasional. El Emperador, que venía delantero, irguióse repentinamente, temblándole en la cabeza su corona de oro. Todos quedaron sorprendidos, todos en turbación. Al Ángel, que ya no tenía alas, se le desprendió su cabellera rubia. Demudóse la Reina. El Caballero echó mano a su espada. Cupido se escondió, consternado. A sus pies acechaba la Muerte. El demonio que guiaba las mulas lanzó una estrepitosa carcajada. Hizo alto la escena en un sobrecogimiento medroso...

Y otra vez las tinieblas del sueño, destilando gota a gota su oscuridad en sus fantásticos alambiques, se rezumaban en la imaginación como arbustos empapados de lluvia.

Sonaba yo que me quedé dormido y que en lo más apacible de mi sueño vinieron a despertarme lejanas voces, cánticos confusos, rumores y tropel de fiestas.

La carroza de la muerte atormentaba de modo atroz mi espíritu. Cuando lo más íntimo del sér se halla turbado, los agentes corporales celebran consejo. El hombre profundiza entonces en las causas y quiere descubrir la almendra de las cosas. En la algarabía de mi ilusión, la carroza mortal traía a mi memoria el carro báquico tirado por panteras, con el dios de las vides vestido de púrpura y la falange de mujeres coronadas de hiedra y cubiertas de pieles de ciervo.

Y deseando gozar de la ocasión, saltaba del lecho y abría mis ventanas a las deficiencias de la noche, como si bajo ellas hubieran de pasar Sileno y Pan, con su escolta de Ménades y Sátiros, entre los ecos del ditirambo y la danza lasciva del cordax.

Atalayando desde el alféizar, a más que razonable altura, volvía a ver la gran ciudad en medio de la noche. Era una plazuela, y a la derecha una calle con aspecto de enrucijada. Parecían caserones solariegos. Yo miraba cuidadosamente su rica fábrica, ornamentada de escudos, y al fondo distinguía porches centenarios y Cristos con luces sobre las hornacinas. Pero nadie transitaba por parte alguna. Dijérase un pueblo encantado, a que sólo daba existencia el lejano rumor que venía en alas del viento.

Absorto en aquella soledad, no había columbrado la carroza de la muerte. Hela aquí yacer arrumbada, como si reposase de su largo camino, bajo los arcos de los porches. Hurtan un rayo a la luna, que va muy alta, sus ruedas de lanterás. Ahora duermen los histriones, apartados de la comedia del mundo, tal vez soñando en su propia comedia. Ahora viven y sienten, fuera de la realidad. ¡También son hombres! Ahora rien y lloran, acaso. ¡Y ahora, solitaria, derribada, vacía y muda, sin Ángel y sin Demonio, sin Cupido y sin Muerte, es su carroza la carroza verdadera de la muerte!

Ya me preguntaba por los recitantes, que no aparecían distribuidos por el suelo, como yo me hube de imaginar, cuando entraron dos figuras por el lado de la calleja, conversando en amoroso coloquio. Yo atisbaba bien, y pude deducir sus caras. Eran la Reina y el Caballero armado de punta en blanco, sino que venían en disfraz. Ella, sin corona ni demás atributos reales, en vestido de mujer tapada; él, sin arma alguna, ni sombrero de plumas de colores, envuelto en amplia capa, que en seguida conocí ser la propia capa negra que había visto en el principio de mi sueño al personaje del prólogo.

Yo inclinaba el busto sobre el alféizar para escuchar mejor. Pedía a la Reina su galán un instante de amor o bien la muerte. Solos de nuevo, tras tantos años de ausencia, las palabras de los enamorados poseían la mágica sorpresa de las cosas perdidas que vuelven a encontrarse.

La farsanta miraba recelosamente la carroza, como si la tal fuera el palacio y de él hubiese de surgir el Emperador. Conteniéndose ante la rara vehemencia del Caballero, describía su situación de esposa, de emperatriz amada. Traía al recuerdo sus votos nupciales, su juramento de fidelidad. El la proponía huir a un nuevo reino o al reino de su padre, que recabaría con la fuerza de sus armas.

Y cabizbajos y silenciosos, les veía yo desde mi atalaya discurrir como sombras por la plazuela.

Ya los minutos, pagadores puntuales, habían satisfecho su deuda a las horas. El tiempo, devorador, consumía con presteza el usufructo, la luna final-

zaba su giro y las candelas de la noche estaban apagadas.

Sonaron, lentas y sonoras, las doce campanadas de la media noche, y, como enhebrados en su tañidos, fueron acrecentándose los rumores que me habían impulsado a abandonar el lecho. ¡Qué decepciones nos ofrece también la fantasía (para que no deje de ser trasunto de la realidad), que nos engaña a semejanza de vino generoso, blandito de beber, y cuyo color rojea en el cristal, pero que luego muere como víbora y derrama veneno como el régulo!

Vi llegar de repente, en tropel confuso, una ronda de mozos pueblerinos, toscamente ataviados, que tañían distintos instrumentos. Los pastores de orillas del Ebro se me representaron otra vez en la memoria. Yo los contemplaba desde la altura de mi observatorio (armados con toda clase de armas rústicas para cazar al supuesto aparecido), como un insulto a la poesía de mi sueño, como negro borrón de tinta sobre la blancura del lirio o como ampos de nieve sobre los capullos de la mejorana. ¿Era éste el tumulto de fiestas dionisiacas que yo presumía? ¿Eran estos patanes quienes habían de entonar el ditirambo? ¿Era tal el desfile del carro báquico, y semejantes los cantos y procesiones fálicas? He aquí que yo, cuando con casi todo el cuerpo fuera de la ventana—según la costumbre griega—pensaba interpelar a los transeúntes diciéndoles cuántas verdades engendra el vino, tenía que soportar la injuria de verme trasladado a estos tiempos, en presencia de unos mozos zafios.

Apenas hubieron aparecido, emparejaron con los amantes, que mostraron sobresalto y sorpresa.

Vi las armas a punto de disparar, los semblantes demudados y coléricos, la ira y la venganza ardiendo en todos.

Quise yo entonces intervenir, y habiendo sacado el cuerpo más de lo que era razón por la ventana, caí de bruces al fondo de la plazuela y quedé desvanecido.

Cuando desperté, soñaba todavía en mi lecho. La luz del amanecer diluía las sombras. Los espíritus huían a su región. No había ni plazuela, ni porches, ni carroza, ni indicio alguno de ciudad.

Don Quijote y su escudero reposaban en pleno campo, al pie de unos altos y sombreros árboles, sin sospachar que les seguía de cerca el Caballero de los Espejos.

El rocío de plata de la noche comenzaba a fundirse bajo las caricias de oro del sol, y en el espacio cerníanse las golondrinas de la mañana.

*Nec tu sperne piis venientia somnia portis.
Quum pia venerunt somnia, pondus habent.*

PROFERCIO.

Pues han de creerse los sueños cuando tocan materias importantes o los guía la piedad, ¿qué crédito podrá merecer este sueño mío, cuya substancia es más vaporosa que el aire, flor sin perfume como la dalia, sin esencia como los tallos de la eglantina, y producto de una mente ociosa, elaborado en la vana oficina de la imaginación? ¡Al despertar, no queda nada! Ni siquiera las huellas con que nos enorece el contacto de las alas de la mariposa. Estas alas del sueño son pesadas; volamos con ellas el tiempo de un suspiro; y, al despertar, nos atan a la tierra y aun se desprenden de nuestros vasos frágiles, como las del Ángel de la carroza de la muerte. ¿Por qué habíamos de despertar? ¡No debíamos despertar nunca! Un sueño, y allí morir al punto, sin recordar, sin volver a unir las piezas diferentes que ajus-

la engañadora fantasía. Porque ¿quién deshará una trenza, que no deje fcos los torzales que fueron labor? Ni ¿quién se despertará a nueva vida sin que note en su aliento el olor del acanto, y en sus labios el sabor del ajeno?

* Ya la carreta ha hecho su última rodada.

No hay tal Reina, ni tal Emperador, ni tal Cupido, ni tal Demonio, ni tal Bufón, ni tal Caballero de plumas de colores. La comedia se ha vuelto realidad, y la realidad drama. Ha prendido la discordia en la compañía de Angulo el malo. He aquí el argumento de la tragedia. Cada hombre lo es ahora de carne y sangre. Y otros hombres los representan y hablan por ellos. La carroza ha quedado reducida a unas pinceladas de la decoración, y las figuras de Don Quijote y Sancho, fantasmas engendrados por el desvarío, enredados en la maraña del sueño, a una simple asociación de ideas.

Los recitantes de Angulo el malo—reflejo de aquellos histriones de tiempos antiguos que en la octava del Corpus andaban de puerta en puerta, representando comedias y entremeses por las casas de los consejeros y regidores, que para contemplarlos se acomodaban a sus ventanas, bajo las cuales aparecían en sus grandes carrozas, de casas y torres y cámaras y aposentos muy bien pintados—desaparecieron para siempre, y nada tienen que ver con estos cómicos de la compañía de Pedro Angulo, que marchan en sus carros a dar funciones en las ferias de los pueblos: Pedro Angulo y de sobrenombre el malo, no por reminiscencia clásica, sino por la poca excelencia de su arte, que en la comedia anunciada tiene a su cargo el papel de Emperador.

Véoles yo en mi sueño habiéndolos acompañado a distintos pueblos y a éste de Aragón, donde la noche presente representan. Recuerdo que atravesamos el Ebro, en cuya ribera oímos las conversaciones de los pastores; que el pueblo ardía en fiestas a nuestra llegada; que en un momento de la plaza mayor paró el carro; que yo me alojé en el segundo piso de un hostel de enfrente; que anochece, dormime, y despertado por un gran ruido, corri a la ventana de mi cuarto, desde donde presencié la ronda de los mozos, y lo que comenzaba a sospecharme, que la mujer de Pedro Angulo, el director de la compañía, se entrevistaba secretamente con el nuevo primer actor. Y, por último, la sorpresa de los amantes por el propio Pedro Angulo y sus hueses, que echando de menos a la farsanta o habiendo dado en la flor de la entrevista, procedieron a su busca y coincidieron precisamente con la ronda. Estos momentos de lucidez del sueño, este despertar del sueño—dentro del mismo sueño—, que nos hurta el rico yelmo de oro de la fantasía, son los que nos dejan aquella amargura del ajeno, que, por no gustarla, no quisiéramos despertar.

He aquí a Pedro Angulo, vestido de Emperador, sobre el misero tablado. Ya el acto tercero de «La carroza de la Muerte» va a terminar, y con él la tragedia. El adulterio de la Emperatriz clama venganza. El cuervo graznador corre a cargo del farsante que representa la Muerte. Yo atisbaba entre bastido-

res—que no sé cómo el sueño no me reservó mejor localidad—, cuando oigo al traspunte, que estaba a mi derecha, decir a Pedro Angulo: —«Corre a su cuarto, que están deshonrándote!»

Pero el actor, con sangre fría, permaneció en escena, y sólo al finalizar su relación hizo mutis teatro adentro.

Entraron Cupido y el feo Demonio—a quien estaba repartido el papel de cortesano delator—, y luego el moharracho de los cascabeles, gracioso de la obra. No pude enterarme de su diálogo, porque distrajo mi atención el estrépito y vocerío de la otra parte de la escena, invisible a los espectadores. Vi al traspunte emprender veloz carrera hacia el interior del teatro. A todo esto, los tres

De repente apareció en escena el propio Pedro Angulo, en su traje de Emperador, con las facciones demudadas y un puñal en la mano.

Cierto energúmeno de la sala gritó, sin darle tiempo a que avanzara sobre la escena:

—¡A la cárcel esos cómicos! ¡Fuera! ¡Que lleven a la cárcel a ese estúpido Emperador!

Cuando Pedro Angulo, que ya había logrado imponer el silencio, dejando consternados a los espectadores, porque el puñal manaba sangre verdaderamente, avanzó tendiendo el brazo, y dijo:

—¡A la cárcel voy! ¡Pero antes he de narraros el desenlace de la tragedia! Seré breve, como lo exige la situación. En

creyó aquel horrible Demonio, a quien, ignorando su influjo, el autor le confió un insignificante papel. ¡Pero por algo es el que guía los destinos de la Humanidad! Cuando noté que los propios actores se equivocaban, que silbábais vosotros, que el Demonio y la Muerte me marcaban el único desenlace, no vacilé más; corri al cuarto de la Emperatriz, la hallé en acción culpable con el Caballero, y con esta puñal que mana sangre todavía, les di muerte a los dos. ¡Perdonadme! ¡Bien hubiera querido matarles aquí mismo, sobre la escena, ante vuestros propios ojos! ¡Seguramente habríais aplaudido! Pero las verdaderas tragedias son siempre calladas, y no gustan de la ficción. ¡Reid ahora! ¡Patalead con furia! ¡Rugid como los vientos desencadenados! ¡Silbad como las borrascas! ¡De mi vida ha salido su trueno y su relámpago, y sólo la lluvia de mis lágrimas sirve de nuncio de la venidera tempestad!...

* En la sala se alzó un alarido disforme. Los concurrentes, puestos en pie, increpaban con ira al actor. Los más próximos a la escena se dispusieron a asaltarla. Entonces Pedro Angulo, dirigiendo el puñal contra sí propio, abrióse ancha brecha en el pecho, hasta vetear con el carmesí de su sangre su manto de armiño de Emperador. Todos retrocedieron aterrorizados. Creció la confusión y gritería. Desmayáronse las mujeres. En tanto, el feo Demonio, penetrando rápido en escena, sacaba a hombros al histrión, que se tambaleaba, desangrándose, apoyado en las decoraciones de la carroza de la muerte. ¡Y era terrible aquella visión macabra del Demonio, vestido de púrpura, con su rabo y sus cuernos y sus barbas de chivo, llevando a cuestas al Emperador!

Yo busqué de un salto la salida, emprendiendo la fuga, y como alma que llevara otro tal, no paré de correr hasta verme extramuros del pueblo, donde, ya algo más tranquilo, me tendí sobre la húmeda tierra, mientras los perros aullaban estrepitosamente en las cercanas alquerías...

Ya las corolas de mi sueño—combatido por tantas emociones—, ante la presencia de la vigilia, iban poco a poco marchitándose, como caléndulas azules listadas de rojo heridas por los rayos del sol.

Todavía un tropel de visiones fantásticas danzaban en torno de la carroza de la muerte, entre la luz y las tinieblas, como haciendo del crepúsculo mañana, y de la mañana mediodía.

Daba el último adiós a su visita la Reina Mab, galopando en su tren fastuoso, y yo despertaba como agobiado bajo el peso de una ruda faena, con los ojos apesadados, cargadas las pupilas de un sudor frío.

Sobre mis rodillas reposaba la novela inmortal. No sentí ánimos de continuar su lectura.

Pronto despuntaría la aurora. La luna seguía ejerciendo su influjo sobre la plata y las hojas del olivo.

Y en el Oriente desgarraba las primeras tintas el dardo de ébano de la noche.

Luis ASTRANA MARIN

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



personajes que dialogaban comenzaron a dibujar extrañas muecas, mirándose unos a otros. Cupido y el Demonio equivocaban las palabras, como si improvisasen, mientras el de los cascabeles hacía señas al apuntador, que pataleaba con furia, y agitando los brazos exclamaba: —«Pero ¿no entra ése?» Los espectadores, que advirtieron el desbarajuste y equivocación de los cómicos, principiaron a reír. Tuvo que parar la escena, entre una carcajada general.

En el mismo momento el Ángel de pintadas alas atravesó corriendo el escenario y dijo a los actores con cara de angustia: —«Corred! ¡Ha sido mi padre! ¡Ha sido mi padre!» Todos ellos se precipitaron a las distintas puertas.

Levantóse en el público entonces una protesta estruendosa. La chillería era imponente. Unos silbaban, otros reían, cuál vociferaba, cuál desgañitábase. Ensordecían el murmullo y el escándalo.

esta comedia que representábamos, los personajes eran mejores que en la realidad. Bien visteis que la Emperatriz, mi esposa, se resistía a engañarme, a pesar de las eternas mañas del caballero Orlando, representado por el primer actor; y visteis también que el personaje de la Muerte, sin atender los consejos de Cupido, inductor de la Reina a la tentación, me gritaba venganza. Sabéis, de igual manera, cómo sorprendí a los amantes cuando meditaban abandonar mi reino y despojarme de mi Ángel, que es mi hija amada. El autor, que había profundizado poco en la vida, no obstante introducir en la obra la figura del Demonio, hacía que yo, sugestionado por el payaso de los cascabeles, lo perdona todo, y, según la moral de la época, me aviniese con mi desgracia. ¡No quería sangre, no quería tragedia! ¡Creedme, espectadores, era un final frío, poco digno de vosotros y menos de mí! Así la

LIBROS RECIBIDOS

Humos de rey, por Ricardo León (de la Real Academia Española). — Ricardo León, el admirable escritor y poeta, vuelve al campo de sus mayores triunfos: la novela. *Humos de rey* se titula la que acaba de publicar y que está constituyendo un verdadero acontecimiento literario. Esta novela del insigne autor de *Casta de hidalgos*, *El amor de los amores* y tantas otras obras bellísimas, representa un fruto de plenitud; *Humos de rey* es, sencillamente, una gran novela, tanto por el interés del asunto y el acabado perfil de sus personajes, como por su perfecta construcción y el hondo pensamiento que le sirve de entraña. El maravilloso estilo de Ricardo León, divino sortilegio que fué en sus manos a modo de una varita de la virtud desde los comienzos de su carrera literaria, aparece en esta última novela suya con todo su esplendor. Podría decirse más todavía: que ha ganado en estos últimos tiempos, como si el oro magnífico en que se troquelaba, oro de aquel siglo nuestro inmortal, se hubiese enaltecido y pu-

rificado aún más, merced a nobilísima alquimia.

Arte y crítica, segundo volumen de las obras inéditas de D. Benito Pérez Galdós. — Hace poco, en esta misma sección, dimos cuenta, al referirnos a la publicación del primer volumen de estas obras, *Fisnomías sociales*, de la meritoria labor que está llevando a cabo el ilustre poeta y escritor argentino Alberto Ghiraldo. Los trabajos del maestro Galdós que se recogen en este volumen que se lanza ahora al público con el título de *Arte y crítica*, pueden ser considerados como una valiosísima selección; el Galdós, cronista, que se nos descubre en ellos, es, cuando menos, tan interesante como el dramaturgo de *El abuelo* y el novelista de *Los episodios nacionales*. Pocos acontecimientos de tanta importancia como la publicación de estas obras inéditas puede registrar la crónica literaria hoy día.

Corazón que sangró, por Antonia de Monasterio de Alonso Martínez. — Si en *Ababol*, bellísima novela de la misma au-

tora, donde se describe la huerta murciana con una maravillosa riqueza de colorido, confirmó plenamente Antonia de Monasterio, hija de aquel gran artista nuestro Jesús de Monasterio, sus poderosas aptitudes de novelista, en *Corazón que sangró* las demuestra en toda su plenitud y galanura. Es esta una novela de amor que interesa y conmueve hondamente, llena de verdad, de una verdad muy sentida y sincera y muy valiente a la vez. El estilo es de una hermosa sencillez, claro y armonioso, con un suave perfume de mujer que sabe llevar al corazón de los demás lo que hay en el suyo de belleza y ternura.

El buque anclado, por Antonio Cases. El autor de *Por ser buena* y *A zancadas en la sombra* ha acertado plenamente en esta última novela suya, en la que tan admirablemente se describe la vida de un puerto levantino. Los personajes de *El buque anclado* son de carne y hueso; aparecen ante el lector con las almas desnudas, ni mejores ni peores de lo que son, sino como son; las descripciones tienen la misma claridad del ambiente que retratan, y el diálogo se sirve de un es-

tilo apropiado y seguro. Todo en esta novela es lógico y armonioso, y sirve de adecuado vehículo a l interesantísimo asunto. El desenlace de la obra es un acierto de gran novelista.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Se ha puesto a la venta

LA PATA DE LA RAPOSA

novela de

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

He aquí una de las producciones más admirables del ilustre maestro, donde la galanura del estilo y la profundidad de pensamiento se manifiestan en ideal consorcio.

5 pesetas, en todas las librerías

Al por mayor: Librería y Editorial
RIVADENEYRA

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones



Tapicería y
Muebles de lujo
Manuel Lopez

Serranq17-Ayala, 60

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)